

# AVANCE Y LIMITES DEL IMPERIO INCA EN LA COSTA NORTE

Carme FAURIA  
Universidad de Barcelona

«La concepción inca sobre su propio mundo tiene poco que ver con lo que nosotros llamamos "historia"; la acción sobre el tiempo no estaba concebida como transformadora del mundo, sino como una representación en el cuadro del tiempo de las mismas estructuras supratemporales que estaban también representadas en el espacio por medio de la sagrada geografía de los lugares santos, en la plástica con el uso de la iconografía y en la interacción social a través del ritual» (Salomon, 1980: 30).

## INTRODUCCION

La última etapa prehispánica se caracterizó por una gran inestabilidad en el mundo andino. Los continuos planteamientos incas de expansión se vieron frenados primero por enfrentamientos sucesorios, que degeneraron en una guerra civil entre el sector norte y el sector sur del Imperio, cada uno de ellos en representación de algo mucho más complejo que un espacio geográfico distinto. Y después, por la invasión española, que anuló cualquier intento de continuidad establecida localmente y cuya trascendencia no pudo ser valorada en modo alguno por los pueblos autóctonos en las fases iniciales del contacto.

Los últimos intentos de expansión del Tawantinsuyo incidieron en el desarrollo de la costa septentrional andina. En realidad, puede decirse que la Alianza de Mercaderes se vio determinada en buena medida por ellos, al convertirse su territorio en objetivo de conquista.

En las próximas páginas se analizan las fórmulas incas de expansión, sus últimas actuaciones en la costa centro-norte y los intentos de utilizar esta última aneación como plataforma para avanzar sobre los grupos septentrionales quienes, entre otras cosas, controlaban la distribución del Mullu<sup>1</sup> en una amplia geografía y de quienes era un buen cliente el propio Imperio.

---

1. Así llamaban los incas a la concha espinosa *Spondylus*, de cuya valoración y función en la antigüedad prehispánica tratan los estudios de diversos autores, entre ellos: Donald W. Lathrap y Jorge Marcos, 1975. John Murra, 1975. María Rotsworowski, 1977. Jorge Marcos y Presley Norton, 1981. Jorge Marcos, 1986.

Los cuzqueños eran un grupo de formación relativamente reciente, similares en muchas cosas a la mayoría de sus contemporáneos y, como ellos, herederos de una serie de rasgos culturales que fueron tomando forma a lo largo de muchos siglos, partiendo de aportaciones locales y alóctonas muy variadas.

Sus actividades les llevaron a seleccionar los elementos de la civilización más convenientes para sus objetivos. Además, tuvieron la capacidad creativa necesaria para encontrar soluciones a los problemas de nuevo cuño, que surgían tras las innovaciones aplicadas a algunas de las tradiciones más puramente andinas.

La sierra septentrional ha sido objeto de interesantes estudios en los últimos años. Frank Salomon (1980), Udo Oberem (1981), Segundo Moreno (1981) y otros investigadores, han analizado las fórmulas de ocupación imperiales, las reacciones de los caciques locales y la situación en que quedaba la mayoría de la población de las zonas conquistadas. Han descrito el desarrollo del proceso que conducía paulatinamente a la incaización de un nuevo territorio, cuáles eran las fórmulas sociales, religiosas y económicas autóctonas y sus posibilidades de supervivencia. Sus estudios sirven a veces como punto de referencia para fijar la realidad costera en el momento inmediatamente anterior a la conquista española.

El grado de incidencia del Tawantinsuyo en la costa septentrional es un tema que se presenta en distintas versiones, que pueden resumirse en la consideración de su pertenencia o no al Imperio. Los exámenes comparativos del sistema usado por los incas en zonas aledañas ya ocupadas, concretamente en el territorio Chimú de la costa centro-norte y en la geografía correspondiente a los distintos grupos que poblaban la sierra del actual Ecuador, da la pauta acerca de las características que asumió el Imperio en el Pacífico ecuatoriano.

## **EL PANORAMA POLITICO EN LOS ANDES CENTRALES DURANTE EL PERIODO DE INTEGRACION**

Durante el período de Integración los grupos dominantes mostraron un gran interés por los mitos de origen, que acostumbraban a conectar directamente a la dinastía en el poder con alguna divinidad. Esta entregaba las prerrogativas político-religiosas a un remoto héroe fundador, quien las transmitía a sus sucesores. Así sucede en Chimú (Crónica Anónima, 1958) y en Lambayeque (Cabello Valboa, 1951: 327 a 330). En un sentido similar, los incas relacionaban a Manco Capac y Mama Ocllo con el Sol, padre por extensión de todos los Incas reinantes (Cabello Valboa, 1951: 260 a 264).

Este aspecto fue muy tenido en cuenta por la elite incaica, la cual podía justificar a través de sus orígenes míticos la legalidad de su permanencia en el poder y los derechos sucesorios de sus miembros. Por las mismas razones, este principio de derecho dinástico se reflejaba también en la aplicación de las normas de conquista, ya que el concepto divino del poder no variaba de un grupo a otro y era fundamental que estuviera muy claro en el ánimo de la población. Por ello, una de las constantes de conquista más cuidadas consistía precisamente en la apariencia de continuidad institucional ya fuera en la persona del cacique vencido o en la de algún familiar cercano, que después de la anexión actuaba como gobernador de la nueva provincia, directamente delegado por el Cuzco.

Históricamente, los orígenes de los incas fueron bastante más pragmáticos. En sus primeros tiempos formaron parte de una confederación ubicada en las

cercanías del Cuzco, junto a los Sawasiray, los Acllawisa y los Maras (Favre, 1971: 16). Inicialmente ocuparon una posición de dependencia e incluso de subordinación a los demás, dada su condición de recién llegados a la zona. Pero sus actividades militares dentro de la alianza favorecieron una acumulación inusual de poder. Con el tiempo multiplicaron sus prerrogativas, gracias a las aportaciones novedosas que aplicaron, primero de manera casi imperceptible y ya abiertamente a partir de que sintieron consolidada su fuerza.

La formación de confederaciones y la valoración del aspecto militar de las mismas tenía como objetivo la ampliación del espacio geográfico de los grupos aliados. Era una forma nueva de acceder a ecologías distintas y de aumentar el grado de autosuficiencia sin emplear las armas<sup>2</sup>, que venía a sustituir, en parte, los esfuerzos bélicos realizados en la etapa de los Desarrollos Regionales para aumentar el territorio y mantener las fronteras frente a los grupos vecinos. Una vez alcanzada una cierta estabilidad en este aspecto, las perspectivas de variación se polarizaron, bien en el sentido de establecer alianzas pacíficas, bien en el de conquista bajo conceptos más definitivos.

Además de las asociaciones federativas, existían dependencias de diversos tipos, como las que se establecían entre un grupo fuerte y otro más débil, y las relaciones tributarias con zonas relativamente alejadas, que eran interesantes económicamente, pero incómodas para mantener bajo un control directo.

En general, los tipos tradicionales de dependencia en los Andes no contemplaban la posibilidad de que un grupo impusiera a otro sus propias costumbres, su administración, religión o lenguaje, factores que eran respetados en prácticamente todos los casos. Tampoco era frecuente que llegara a considerarse plenamente integrado al propio el territorio de otra etnia, aunque se había dado en algunas ocasiones<sup>3</sup>.

La introducción de nuevos elementos de conquista y de control por parte de los incas hizo posible la transformación de la clásica alianza andina en un estado imperial, que llegó a integrar tierras en extremo alejadas del Cuzco. Por ello, los forjadores del Tawantinsuyo se pueden considerar herederos de la tradición andina en aspectos básicos, también comunes al resto de los pueblos. Pero debe tenerse en cuenta que la mayoría de los logros incaicos procedían de su capacidad de introducir cambios en los esquemas clásicos. Tenían un extraordinario sentido práctico, el cual les permitió aplicar siempre el tipo de solución más idóneo a los múltiples problemas nuevos que surgían paralelamente a la ampliación de las tierras conquistadas.

El concepto de frontera era poco concreto, más definible como «un proceso gradual que avanzaba paulatinamente» (Aranibar, 1969: 37-38), que como una línea definida. El margen de tiempo necesario para que las distintas poblaciones se

---

2. Ernesto SALAZAR subraya el interés del hombre andino en controlar los distintos pisos ecológicos ya en el Paleoindio, cuando los grupos de El Inga dominaban el Callejón Interandino, proveedor de recursos de caza y recolección abundantes; y el páramo, donde obtenían la materia prima para sus industrias líticas: la obsidiana, y otros productos como el ichu, y ciertos animales propios de la zona (Salazar, 1980: 77).

3. El caso más evidente es el de Tiahuanaco-Huari, el primer Imperio establecido en los Andes, ya en la segunda mitad del Clásico (Kauffman Doig, 1978; 441-461).

adaptaran a la nueva situación, convertía a las tierras recién anexionadas en territorios regidos por una legislación muy particular, que estaba sometida a un continuo proceso de transformación.

Al mismo tiempo que se incaizaba una zona, se iba definiendo la frontera. Esta demarcación no implicaba un estancamiento, sino la posibilidad de avanzar de nuevo a partir de un territorio bien integrado al Cuzco, en un proceso siempre susceptible de ser recommenzado.

Las fronteras desdibujadas constituían un filtro que hacía posible el intercambio con grupos vecinos, incluso con los grupos conflictivos o con los incluidos en la lista de los «conquistables» a corto o a medio plazo. Este sería el caso de la Confederación de Mercaderes de la costa septentrional. Dentro de estas premisas se explica coherentemente la coexistencia de redes de intercambio comercial con planes defensivos por parte de los Aliados costeños, mientras los Incas mantenían en su territorio a funcionarios estatales dedicados a la compra del mejor *Mullu* (Rostworowski, 1977: 252). Estos funcionarios eran correos en contacto constante con los centros de poder imperial y con los principales santuarios centroandinos, consumidores habituales de *Spondylus*. Dice Huaman Poma que eran hijos de curacas fieles y liberales (Poma de Ayala, 1987: 354). Es decir, que pertenecían a la nobleza y gozaban de la confianza del Inca. Su trabajo era considerado de gran categoría. Estaba relacionado con la política, con la economía y, en buena parte, con la conservación del poder establecido. De alguna manera se les puede comparar con los *pochteca* mexicanos (Sahagún, II, 1938: 343) y a los *mindalaes* de la sierra norte (Moreno, 1981: 93). Entre sus principales cualidades estaban las de no ser perezosos y volar como gamos (Poma de Ayala, *ibid.*). Sin duda actuaban también como espías, al menos en este caso concreto entre la Confederación de Mercaderes y el Imperio, habituados a mantener con ella relaciones a nivel comercial, aunque a partir de un cierto momento se iniciaron los preparativos para un desigual encuentro bélico.

## FORMULAS INCAS DE ANEXION DE NUEVOS TERRITORIOS

La política de imposición lenta pero implacable es la más característica de la expansión incaica. Para ejecutarla se contaba con la carga positiva que supone el paso del tiempo para el grupo invasor. La inicial animadversión se suavizaba con el paso de los años, de igual forma que sucedía con el sentimiento de independencia. Los numerosos ejemplos que se conocen muestran un avance incaico realizado sin prisas y dirigido hacia la integración total de los nuevos grupos, a los que se preparaba para actuar como bases de conquistas posteriores. Para evitar que la situación se hiciera conflictiva en los primeros momentos, se recurría a los *mitimaes*, que forzaban el cambio desde el exterior (Cieza, 1985: ). El tiempo y el espacio les pertenecían, y el primero actuaba a favor del segundo.

Si la conquista de un nuevo territorio contemplaba una buena cantidad de consideraciones psicológicas encaminadas a favorecer una entrada poco traumática al Imperio, desencadenaba también una serie de consecuencias inmediatas, que reflejaban claramente la intensidad del cambio. Dos apartados básicos definen la nueva situación: la pacificación y la organización de la provincia dentro de la totalidad del Estado.

La pacificación se iniciaba normalmente pactando con la nobleza y el cacique. Los incas acostumbraban a ofrecer costosos regalos con los que ganaban a los

principales a la nueva causa y les aseguraban que seguirían siendo tratados como miembros de elite de la sociedad después de la rendición.

Pero también les interesaba demostrar claramente que la situación estaba dominada por otras manos. Para ello recurrían a la introducción de cambios que transformaban sustancialmente la organización tradicional del territorio, muchas veces de manera imperceptible para la mayor parte de la población. Estos cambios eran de tres tipos:

- A) Administrativos.
- B) Religiosos.
- C) Lingüísticos.

## 1. Cambios administrativos

Estaban relacionados con las riquezas de la provincia recién anexionada y la forma de administrarlas. La tradición atribuye a Pachacutec la sistematización de los sistemas de ocupación y el concepto de que se trataba de un gran favor para los naturales de las provincias «porque era hacerlos vecinos del Cozco» (Garcilaso, 1943: 31).

El cobro de tributos y su redistribución ocupaba un lugar preferente en el establecimiento del nuevo orden. Pachacuti ideó la mayoría de los recursos administrativos que permitieron el funcionamiento del estado, basándose en costumbres antiguas de los Andes (Ibid.). También Cieza recibió información acerca del interés de este Inca en conseguir una forma válida de tributación, de prestaciones personales y de justicia, abriendo «camino para el gobierno tan excelente que los incas tuvieron» (Cieza, 1975: 146). Murra añade que tomaba estas decisiones «en consejo» (Murra, 1980: [135]).

Para poder controlar de forma efectiva las distintas partes del Imperio se hacía necesario el conocimiento de los habitantes, productos y posibilidades de cada una de ellas. Los Incas pudieron realizarlo gracias a los *Quipus* (Cobo, 1964, II: 141-144; Poma de Ayala, 1987: 339 y 353; Cieza, 1985: 57), mecanismos que servían para elaborar estadísticas y para consignar hechos significativos de la historia. Según algunos autores, incluso podían plasmar el pensamiento en obras de valor filosófico y literario (Lara, 1979: 49-53). La forma, el tamaño, el color y la distancia entre los nudos componían signos que permitían conservar en archivos oficiales los datos minuciosos de cada provincia, que eran trabajados según las disposiciones dictadas por el Cuzco.

Funcionarios estatales, evidentemente extraños a la zona nueva, controlaban la aplicación de todos los puntos básicos para iniciar la incaización. Entre los funcionarios extranjeros destacados en estas provincias Murra cita a los *Yana*, criados del Inca (Murra, 1980: 232; Cieza: 1985: 76) y a las *Aclla*, las Vírgenes del Sol, destinadas sobre todo a las tareas textiles (Murra, 1980: 216). También a los responsables de las construcciones y de la contabilidad imperiales.

Todos ellos eran grupos que no dependían directamente de la tierra para subsistir, sino que formaban parte de un grupo específico supeditado directamente al gobierno central.

Según las distintas fuentes, cada provincia tenía asimismo un gobernador, entre cuyas tareas entraba el cuidar que las tierras estatales fueran cultivadas, las cosechas almacenadas y otras prestaciones cumplidas. Contaba con auxiliares

y efectuaba viajes periódicos de inspección, aunque todavía no es posible reconstruir al detalle su actuación. Parece que se ocupaba del censo de los habitantes, de la verificación de las entregas de trabajo y examinaba los informes presentados por los *curacas* para cotejarlos con las entregas a los depósitos imperiales... Su poder era bastante grande debido a su afiliación a la casa real, llegando a tener jurisdicción sobre *yanas* y *acllas* como representante del estado (Murra, 1980: 165 y 245).

Evidentemente no corresponde al cargo de «gobernador» asignado por cuestiones políticas a los *curacas* locales, cuyos deberes estaban más en función de mantener la paz en su antiguo territorio que en incidir de manera decisiva en la marcha global del Imperio.

Hay un tercer caso de «gobernador», que en ocasiones se confunde con el primero. Aquel correspondería al título quichua de *T'oqrikoq* (Rowe, 1946: 264, nota 20), mientras que este último se identifica con el *Tucurico*, definido por Cabello como «veedor general», a cargo de seleccionar las muchachas más adecuadas para ser educadas como vírgenes del Sol (Cabello Valboa, 1951: 340 y 348; Cobo, II, 1964: 114). Las responsabilidades son claramente diferentes, pero la semejanza de las voces locales favorece la identificación.

## 2. Cambios religiosos

Los incas imponían en todos los territorios ocupados el culto al Sol, situándolo por encima de cualquier otro dios local. El culto al Sol suponía un intento mono-teísta en un ámbito acostumbrado a la divinización del entorno hasta extremos insospechados. La naturaleza andina tiene alma, sentimientos, razón, poder... Los fenómenos meteorológicos, los accidentes geográficos, la fauna y la vegetación, eran divinizables y divinizados en múltiples categorías. Formaban parte de la esencia del modo de ser andino. Por tanto, la pretensión incaica de monopolizar la religión alrededor del Sol debió ser fuertemente resistida, aunque se solucionó aplicando distintas categorías a los dioses y cultos locales en relación con el recién llegado.

La religión imperial se rodeaba de un gran aparato ritual, que implicaba además del templo, la presencia de sacerdotes, de vírgenes dedicadas al culto y de servidores especiales. Por ello, en las zonas recién ocupadas se construían al mismo tiempo que los templos, las casas para las *acllas*, a fin de normalizar los nuevos preceptos dentro del marco más adecuado.

Este punto concreto era, aparentemente, uno de los menos conflictivos, dada la tradicional aceptación de dioses ajenos y la capacidad de adaptarlos dentro de un panteón particular. La novedad estaba en la valoración de la divinidad foránea por encima de las locales, en la falta de libertad para elegir en qué categoría se dispone el dios solar con respecto a los propios. Tal vez esta imposición del culto al Sol tenía más importancia en el sentido de control cultural y político, como señala Salomon en el caso concreto del templo de Quito (Salomon, 1970: 272).

## 3. Cambios lingüísticos

La tercera parte de la fórmula anexionista incaica la constituye la imposición lingüística. Por lo que se conoce de la zona Chimú, se puede deducir que se trata

de la más lenta de las tres premisas básicas. Efectivamente, después de 80 años de ocupación, no se había conseguido todavía un cambio idiomático total. Con todo, la mayoría de la población comprendía el quichua sin mayores problemas.

Es bueno recordar que el conocimiento del quichua fuera del Imperio era bastante normal, bien en las zonas vecinas geográficamente, bien por parte de grupos que mantuviesen algún tipo de relación con los incas. Este sería el caso de los comerciantes que abastecían al Imperio de mercancías exóticas. Por ello la lenta normalización en el uso del quichua podía deberse a una forma de resistencia ante la progresiva pérdida de identidad que experimentaban los pueblos sometidos.

#### **4. La arquitectura, símbolo del nuevo poder**

Edificios pensados para facilitar en una u otra forma la introducción de la nueva ideología, surgían en cada zona ocupada por los incas y todavía hoy testifican en muchos lugares la antigua presencia imperial.

También en este aspecto fue Pachacuti quien sistematizó las obras a realizar. Como complemento de las disposiciones legislativas y económicas, viajó por todo su territorio, dictando normas y definiendo los recursos complementarios más idóneos a sus planes. Garcilaso describe todo un programa relativo a las construcciones imperiales:

«En la visita mandó edificar, en las provincias más nobles y ricas, templos en honor y reverencia del Sol, donde los indios le adorasen; y también se fundaron casas de las vírgenes escogidas, porque nunca fundaron el uno sin la otra».

«Sin los templos, mandó hazer muchas fortalezas en las fronteras de lo que estaba por ganar, y casas reales en los valles y sitios más amenos y deleitosos, y también en los caminos, donde se alojassen los Incas cuando se ofreciese caminar con sus exércitos. Mandó asimismo hazer muchos pósitos en los pueblos particulares, donde se guardaséen los bastimentos para los años de necesidad, con que socorrer a los naturales» (Garcilaso, 1943: 31).

A grandes rasgos, éste fue el proceso diseñado por Pachacuti y aplicado por sus descendientes en el poder prácticamente sin variantes. Según este esquema actuó su hijo Tupac Yupanqui después de la conquista de Chimú, y más tarde en el sur de la sierra ecuatoriana. Posteriormente hizo lo mismo su nieto Huayna Capac, coronando con éxito la conquista de la sierra septentrional hasta Pasto. Ambos incas intentaron aplicarlo en la costa norte, pero con resultados poco satisfactorios, como se verá más adelante.

Parece ser que no había un plano básico que definiese las ciudades. Son algunos elementos urbanos los que se repiten invariablemente, como la plaza, el palacio principal, el templo del Sol, la casa de las escogidas, los depósitos, etc., «los cuales siempre están presentes en los núcleos típicamente incaicos, juntos o separados, pero en cada caso con una disposición diferente. En otras palabras, parece que existían elementos que representaban caracteres básicos de la organización social y política del incario» (Bonavía, 1972: 80).

Cajamarca y Tomebamba pueden considerarse ejemplos ilustrativos de la teoría de Bonavía sobre la existencia de una serie de edificios que se repiten en las

urbes incaicas. Gasparini aporta sobre el mismo tema nuevos datos, señalando la presencia de espacios y construcciones que siguen patrones repetitivos, aunque formalmente distintos (Gasparini, 1977: 68).

La presencia del Templo del Sol es una de las constantes que pueden utilizarse como evidencia de la integración de una zona al Tawantinsuyo. En la sierra los hay hasta Otavalo. En la costa hasta Túmbez, donde los hombres de Pizarro hallaron el primero, del que hablan con admiración, igual que de tantos otros detalles de la gran civilización que encontraron en aquel asentamiento:

«Llegaron a la vista de Túmbez y volvieron a tierra los mismos que la vez primera, y por las riquezas increíbles que allí vieron en el templo y fortaleza y el orden y concierto que auía en todo, y lo poco que pudieron entender por señas de aquellos que allí hallaron vinieron a conocer a un solo y universal Emperador que mandava y señoreava aquellas provincias» (Cabello Valboa, 1951: 403).

El templo del Sol era una de las fórmulas más efectivas de aculturación dentro del programa de integración incaico. El mundo andino poseía una larga experiencia en la combinación de los aspectos religiosos y políticos para el ejercicio del poder. El edificio para el culto era un símbolo magnífico de la ideología imperante.

Otro elemento de carácter religioso era el *ushnu*, relacionado con las *huacas* y los templos. Siempre tenía el mismo significado, pero podía tomar diversas formas. Según Gasparini «pudo ser una simple piedra, una construcción, un altar, un trono» (Gasparini, 1977: 275 a 278).

El refuerzo logístico lo constituían las fortalezas, situadas especialmente en las ciudades extremas, como Túmbez, ya que eran menos necesarias en asentamientos del interior, como Tomebamba y Huanuco Pampa (Gasparini, 1977: 289; Cieza, 1985: 63-64).

Menos habituales eran los edificios de carácter conmemorativo. En el antiguo territorio Chimú se construyó uno de este tipo en el valle de Parmunca, donde había dado inicio la guerra, en memoria de los trabajos que había supuesto la conquista.

La fortaleza y el templo jugaban papeles complementarios. La primera tenía un sentido disuasorio y la segunda un sentido de transformación a otros principios, que inducían a un grupo extraño a aceptar la esencia imperial como algo propio. La introducción de los grupos conquistados a las nuevas creencias a través del templo constituía un proceso lento pero de efectos seguros. Gracias al templo, la fortaleza represiva inicial se transformaba para permitir el avance, el inicio de un nuevo proyecto de conquista.

En el ámbito de los edificios públicos de carácter civil, una de las aportaciones más propiamente incaicas fue la construcción de *tambos*, los depósitos de almacenaje estatales (Cieza, 1985: 163), situados preferentemente a lo largo de los caminos reales, de proporciones más o menos grandes según la importancia de las poblaciones a que estaban adscritos (Cobo, II, 1964: 129). Los españoles empezaron a apreciarlos muy pronto, a partir de su llegada a Túmbez (Xerez, 1985: 116; Trujillo, 1985: 199), y ya mucho más tarde, se beneficiaron de su contenido durante las guerras civiles entre ellos. Estos almacenes estaban bajo la responsabilidad de funcionarios especializados, los *Quipto Camayoc* (Cobo, II, 1964: 143-144).

Para llevar a cabo tan intensa actividad constructiva fue necesario emplear



personal de las comunidades locales, que iniciaba su pertenencia al Imperio con un trabajo que exigía el máximo tiempo y esfuerzo. Este aspecto sería uno de los tantos contemplados por los dirigentes incaicos para gobernar con más seguridad el nuevo territorio. Cobo lo razona muy bien cuando afirma que para integrar

« (...) a gente tan bárbara e indómita el medio principal (...) fue hazer que sus súbditos fuesen pobres y anduviesen continuamente ocupados con excesivos trabajos, para que (...) les faltase el brío y el ánimo de aspirar a levantarse (...) » (Cobo, II, 1956: 136).

## 5. Ingeniería al servicio de la comunicación

Tal como muestra Gasparini en su mapa de caminos incaicos, el avance del Tawantinsuyo por la costa no sobrepasó la ciudad de Túmbez (Gasparini, 1977: [XVI]).

Las dos rutas principales recorrían la sierra y la costa de sur a norte (Cobo, II, 1964: 126-129). El primero enlazaba la zona del Titicaca con el Cuzco, Huari, Jauja, Chavín, Cajamarca y Quito. El segundo recorría la costa desde Acarí hasta Túmbez. De manera intermitente se hallaban enlaces entre ambos: Cuzco/Acarí, Lima/Jauja, Ancón/Pumpu, Chan Chan/Cajamarca, Costa/Huancapampa y Túmbez/Cusipampa (Ibid.).

Entre estos grandes caminos estatales se extendía una red de senderos que permitían la comunicación interzonal. Con el Imperio, la red vial se racionalizó y se establecieron rutas rápidas y permanentes entre los principales puntos del mismo. Pero sus antecedentes estaban en las antiguas sendas que comunicaban la costa, la sierra y el oriente, siguiendo los cursos naturales del agua (Lumbresas, 1977: 25) y que, asimismo, constituían las fórmulas naturales de la comunicación andina.

Igual que para la construcción de edificios, se hacían los caminos gracias a las prestaciones personales de los indios. Cada provincia se responsabilizaba de su tramo correspondiente y se trabajaba bajo la dirección de especialistas, que « iban marcando la tierra » (Cieza, 1985: 67). El mismo sistema se empleaba para su conservación.

La geografía andina es especialmente dura; los caminos debían sortear grandes dificultades, cuyas alternativas de solución se basaban en agilizar al máximo el paso del hombre, ya que no existía ningún tipo de transporte. En la sierra salvaban desniveles muy considerables, a base de escalonar el terreno en gradaciones suaves, o acortaban la ruta abriendo túneles en plena roca (Cieza, 1985: 65-66). En la costa, se protegían las calzadas con paredes laterales, que evitaban la invasión de la arena del desierto. Árboles colocados estratégicamente junto al camino, daban sombra a los viajeros (Cieza, 1941: 196).

La función de las rutas incas estaba orientada a ejercer un control efectivo sobre el territorio, que se veía muy dificultado por la gran extensión del Imperio (aproximadamente unos 4.000 km. de norte a sur en tiempos de Huayna Capac). No todo el mundo podía circular por ellos, sino que constituían una vía libre al paso de información reservada, para el movimiento de los ejércitos, para la entrada de mercancías determinadas... Fueron parte importante de la grandeza y de la debilidad de los incas, ya que facilitaron también la invasión de los españoles.

Al margen de su funcionalidad práctica, el resultado material debió ser ciertamente imponente. Cieza es muy evidente en su descripción:

«Una de las cosas que yo más me admiré contemplando y notando las cosas deste reino, fue pensar cómo y de qué manera se pudieron hacer caminos tan grandes y soberbios como por él vemos y qué fuerza de hombres bastaran a los hacer y con qué herramientas y estrumentos pudieron allanar los montes y quebrantar las peñas, para hacerlos tan anchos y buenos como están: porque me parece que si el Emperador quisiese mandar hacer otro camino real, como el que va del Quito a Cuzco o sale de Cuzco para ir a Chile, ciertamente creo, con todo su poder para ello no fuese poderoso ni fuerzas de hombres le pudiesen hazer si no fuse con la orden tan grande que para ello los incas mandaron que hoviese» (Cieza, 1985: 65).

## EL SEÑORIO CHIMU Y SU CONQUISTA POR EL IMPERIO

Chimú fue uno de los grandes señoríos costeros. Sus curacas, movidos por la necesidad de asegurar la producción agrícola para alimentar a una población en continuo aumento, fueron ampliando su área de influencia dentro de esquemas clásicos en los cánones andinos. Aun así, presenta algunas características particulares, que permiten considerar la posibilidad de que en los Andes se estuviera desarrollando un principio de cambio orientado hacia estados absolutistas y centralizados, tal vez basado en el ejemplo expansivo de Tiahuanaco-Huari, en el que estarían implicados otros pueblos además de los incas.

Los límites extremos del señorío Chimú se alcanzaron en tiempos de Minchançaman, el onceavo heredero de una dinastía triunfante, que por espacio de tres siglos y medio había dominado lo que hoy es la costa norte del Perú. Como sus predecesores, se dedicó a ensanchar el territorio que había heredado, que según el Anónimo de Trujillo comprendía toda la costa hasta Carbaillo y Túmbez, a lo largo de doscientas leguas (Anónimo de Trujillo, 1958: 232).

Túmbez habría formado parte de la última conquista. Hasta entonces se integraba en la Confederación de Mercaderes (Marcos, 1986a: 41), con la que inició una larga enemistad, especialmente con sus vecinos más próximos de la isla de Puná. Ya bastante más tarde, los cronistas de la primera fase de la conquista relatan que los españoles ahondaron diferencias ya existentes para utilizar a su favor las viejas rencillas entre los grupos del golfo de Guayaquil (Cieza, 1986: 85).

Terminadas las campañas victoriosas del norte, Minchançaman hizo tributarios algunos valles meridionales, pero ya no pudo consolidar sus conquistas a causa del problema incaico. Tupac Yupanqui convirtió aquel rico territorio en parte del Tahuantinsuyo y de inmediato se iniciaron los trabajos acostumbrados para integrarlo al Imperio en todos los aspectos.

Los problemas que encontró Tupac Yupanqui para conquistar Chimú cedieron en bloque después de la rendición que los nobles aconsejaron o exigieron a Minchançaman. Para neutralizar a este cacique, un hombre de armas que solamente aceptó la derrota por la presión de los suyos, se le condujo al Cuzco en calidad de huésped y allí el Inca le favoreció casándole con una dama de la elite incaica. En realidad, se le mantenía alejado del centro del conflicto, en una situación de prisionero de lujo. Mientras, uno de sus hijos aceptó el cargo de gober-

nador bajo las pautas señaladas por los vencedores, manteniendo de esta forma la tan cuidada continuidad legal en las esferas del poder (Anónimo de Trujillo, 1958: 232).

Aparentemente seguía intacta la relación entre la saga reinante y su pueblo, igual que los dioses locales, la lengua y las costumbres. En realidad, una lenta maquinaria se puso en marcha para conseguir una transformación sustancial, cuyas consecuencias iban a repercutir en ambas partes involucradas, aunque claramente bajo la preponderancia cuzqueña.

En la integración de Chimú hubo dos etapas diferentes. Durante la primera se mantuvo la antigua estructura del señorío dentro del seno imperial, que se desmoronó bajo el gobierno de Ancocoyuc, nieto de Minchançaman. Con el beneplácito del Inca, el antiguo gran señorío se fragmentó en pequeños cacicazgos (Ibid.), lo cual era más conveniente para el Cuzco que mantener un gran bloque de poder en el extremo norte costero. Es de suponer que se favoreció desde la perspectiva incaica, aunque se impuso lentamente, a lo largo de tres generaciones. Con este método se evitaron enfrentamientos que, de haberse producido al principio de la ocupación, habrían sido problemáticos para la estabilidad de aquel territorio fronterizo.

El largo proceso de adaptación se inició con los cambios administrativos, religiosos, urbanísticos y lingüísticos que seguían invariablemente a la ocupación militar de un nuevo territorio. En este caso concreto se trataba de un señorío con una organización social compleja, del que formaban parte distintos grupos y en distintos niveles de relación. Sin embargo, parece que el proceso de integración al Imperio fue homogéneo para todos sus componentes, fuera cual fuera la fórmula de incidencia de Chan Chan en cada uno de ellos.

Otras informaciones sugieren, en cambio, que la normativa de anexión fue menos rígida, tal vez más acorde con la política seguida por los señoríos septentrionales. Es decir, aquella que permitía una articulación pactada, válida para determinados aspectos, y una libertad de acción absoluta con respecto a otros. Así lo indican las informaciones de Garcilaso, que sugiere la posibilidad de que Tumbéz quedara al margen de aquella primera fase de integración de la costa centro-norte. Según esta interpretación, no habría entrado a formar parte del Tawantinsuyo hasta el gobierno de Huayna Capac, quien habría sido el responsable de la construcción de todos los edificios característicos de los centros incaicos (Garcilaso, II, 1943: 222).

Sin embargo, dado que el texto de Garcilaso no excluye una fase constructiva anterior a Huayna Capac, se puede suponer la existencia de una etapa más imperiosa en cuanto a necesidades defensivas, y menos monumental en sus resultados, que se habría desarrollado después de la victoria de Tupac Yupanqui, bajo los auspicios de este emperador. Posteriormente, Huayna Capac habría renovado o ampliado los edificios que simbolizaban el poder imperial, y estas construcciones serían las que sorprendieron a los españoles por su categoría y grandeza. La confusión sobre el momento de integración de Tumbéz al incario se refleja también en los textos de Cieza,

«Guaynacaba (...) llegó a la costa y en el puerto de Tumbéz se había hecho una fortaleza por su mandado *aunque algunos dicen ser más antiguo este edificio*» (Cieza, 1941: 172).

En efecto, deben ser más antiguos. Los relatos históricos sobre las incursiones

fallidas de Tupac Yupanqui en la costa norte, señalan Tumbéz como el punto de partida. Los hechos que se derivaron de estos intentos de expansión y la orientación futura que tomaron son concluyentes en cuanto al paso de Tumbéz al incario inmediatamente después de la derrota de Minchançaman.

## LOS INCAS Y LA COSTA SEPTENTRIONAL

La costa de Manabí y Guayas y la isla de Puná, en el actual territorio del Ecuador, estaban ocupadas durante el período de Integración por grupos confederados por motivos económicos y de defensa, a los que Jijón bautizó con el nombre de «Alianza de Mercaderes» (Jijón, 1951: 283).

A pesar de que se les identifica a partir de su actividad de más envergadura, el comercio, también la agricultura y la pesca ocuparon un sitio importante en el conjunto de su economía. Una de las causas de que ésta pudiera desarrollarse positivamente fue el tipo de organización socio-política: Manteños, huancavilcas y puneños estaban organizados en cacicazgos de diferentes categorías, cuyas unidades básicas corresponden a lo que se ha denominado *Señorío Etnico*, es decir, «aquella forma de poder político que todavía no se encuentra plenamente organizado, cuyo acceso territorial es pequeño y que está compuesto por un grupo escaso de clanes o de grupos de parentesco» (Moreno, 1981: 96).

Esta última fase pre-hispánica se caracterizaba por la interrelación entre diferentes cacicazgos de categorías variables. Este era el caso de Tumbala, señor de Puná, quien gobernaba sobre otros siete caciques de la isla (Xerez, 1985: 71). Todos ellos formaban una de las tres partes de la alianza, los denominados puneños. En la costa norte del Guayas y sur de Manabí, bajo un sistema político parecido, se encontraban los huancavilcas, con capital en Salango. Su cacique ejercía soberanía sobre los demás miembros de la confederación cuando los españoles llegaron a sus tierras. En el norte, los manteños tenían su capital en Jocay, ubicada en el mismo lugar que la actual Manta. Numerosas poblaciones se extendían a lo largo de la costa, algunas de ellas dedicadas en especial a un tipo de producción determinado (Marcos, 1986a: 41).

El concepto de dependencia entre los señoríos de la confederación tenía como una de sus características fundamentales la de que «ningún jefe podía ejercitar un dominio ilimitado sobre los demás, aunque tuvo históricamente como resultado un orden más o menos estable» (Salomon, 1980: 28-29).

Económicamente, el control de la Spondylus y las actividades mercantiles que ello implicaba (Marcos, 1986c: 202), hacían de la confederación un reducto de riqueza y un punto de articulación con prácticamente todo el resto del mundo prehispánico, ya fuera directa o indirectamente. Todo ello a pesar de los límites reducidos de su propio territorio.

No es de extrañar que, una vez reducidos los chimú, Tupac Yupanqui dirigiera su interés hacia la zona de la confederación ocupada por los huancavilcas. Los incas eran consumidores permanentes de *Mullu*, por lo que someter al principal proveedor suponía una buena inversión. Por añadidura, les daría una clave de poder de la que carecían, al acceder a los caminos de relación con mesoamérica. Es evidente que, cualquiera que fuese el precio, estaría plenamente recompensado en el futuro.

La llegada de los incas a esta parte de la geografía andina está documentada con diversas versiones. Desde la perspectiva mítica, con Viracocha-héroe creador

como protagonista, hasta la tradición oral, que demuestra la existencia del interés incaico por dominar la zona del *Mullu* y un final no definido de la situación que se creó a raíz de ello.

## 1. Los intentos de anexión de Tupac Yupanqui

A partir de la anexión de Chimú al Imperio, los manteños ya debieron tener conciencia del peligro que amenazaba su independencia. En los estratos arqueológicos correspondientes a la última fase prehispánica hay una notable presencia de armas en todo el territorio (Crespo y Holm, I, 1976: 155), lo que avala una resistencia activa al proyecto incaico de convertirlos en una provincia más.

Los Confederados de la costa septentrional tenían fama de guerreros y de que luchaban con igual habilidad en el mar que en la tierra firme. Sin duda la amenaza incaica influyó en la vida cotidiana de estos grupos, quienes por su condición de comerciantes tenían acceso a información muy completa acerca de los incas y de sus intereses. Por tanto, conocían muy bien el sistema de integración que aquellos aplicaban y el hecho de que ningún pueblo los había podido rechazar hasta entonces. Por su reacción, es seguro que no les interesaba «añadir categoría» a su propio status, al menos no en la forma que proponían los incas a sus nuevos súbditos.

El avance hacia el norte tenía un solo camino claro, el mar. La zona poblada por los Yumbos era de relativo interés para los incas, debido al poco desarrollo cultural y económico de sus gentes, además de las dificultades topográficas que presentaba el terreno:

«Esta provincia chumbo van hasta catorce leguas todo camino áspero y a partes dificultoso, hasta llegar a un río en el cual hay siempre naturales de la comarca que tienen balsas, en que llevan a los caminantes por aquel río hasta salir al paso que dicen de Guaynacapa (...)» (Cieza, 1941: 149).

Cieza se refiere al Guayas, en el extremo suroriental del territorio de los huancavilcas, que formaba una frontera natural con otros grupos más interiores, ya al principio de las tierras ocupadas por los Yumbos. Por este lugar Huayna Capac intentó, sin éxito, construir un puente que facilitara el acceso al territorio de la confederación (Cieza, 1985: 187; *Ibid.*, 1941: 176; Garcilaso, II, 1943: 229).

Según Frank Salomon, el control inca sobre las naciones Yumbo no habría superado el papel de una hegemonía inactiva, que permitiera la existencia de un tráfico a través de la montaña occidental, a fin de mantener abierto el acceso a tierras ajenas a su control político (Salomon, 1980: 271). Estas tierras no pueden ser otras que la costa septentrional, a donde el Inca quería llegar sin necesidad expresa de acudir a la navegación por el golfo de Guayaquil. Ciertamente se trataba de un camino difícil, pero con la ventaja de ser un medio conocido, que les permitía actuar con el máximo de posibilidades. Por el contrario, los incas se situaban en inferioridad de condiciones al intentar enfrentamientos bélicos en el mar.

Tupac Yupanqui planificó la conquista de la costa sud-septentrional, situada a poca distancia de Tumbes, al otro lado del golfo de Guayaquil. Una vez más, se inició el protocolo de conquista en son de paz:

«El gran Topa Inga envió embajadores a los desta isla (Puná) pidiéndoles que quisiesen ser sus amigos y confederados, y ellos, por fama que tenía y porque habían oído dél grandes cosas, oyeron su embajada, más no le sirvieron ni fueron enteramente sojuzgados hasta en tiempo de Guaynacapa, aunque otros dicen que antes fueron metidos debajo del señorío de los ingas por Inga Yupangue y que se rebelaron» (Cieza, 1941: 169).

Los grupos confederados del norte no habrían podido vencer a los ejércitos incas, a pesar de su buena fama como guerreros, al menos no en un enfrentamiento abierto. Su única esperanza radicaba en la posibilidad de trasladar la acción a su propio medio, es decir, al mar, donde todas las ventajas estarían de su parte. De manera que la reacción inicial fue amistosa, pero solamente porque así lo exigía una estrategia inteligente.

Los puneños se presentaron al Inca como un grupo poco conflictivo, por lo que no se concentró un gran ejército. Ni siquiera el Inca se acercó a la isla, ya que consideró que se zanjaría la cuestión con un tratado de sumisión y sin necesidad de campaña (Cieza, 1941: 156). En seguida partió de la provincia de los paltas para ocuparse de asuntos concernientes al gobierno de su Imperio, dejando algunos cuzqueños en la Puná, a fin de instruir a aquellas gentes para que no fueran tan «rústicos» (Ibid.).

En cuanto el Inca y su ejército se alejaron, los puneños se sintieron fuertes para enfrentarse a los pocos hombres que aquel había destinado para controlar y educar el nuevo territorio en los principios imperiales, principios que los puneños no tenían intención alguna de aprender, a pesar de que, según Cieza, habrían mejorado en su forma de vida (Ibid.). Este cronista toma partido claramente por los Incas y su civilización y se escandaliza de que no se acepten los beneficios que obtendría el grupo «inferior» con la puesta en práctica del tratado.

Los puneños mataron a todos los representantes del Inca, quienes por *importantes razones*, disimuló la ofensa.

«(...) no pudiendo entender en castigar a los que tan malamente habían muerto a sus capitanes y vasallos» (Ibid.).

Las muy *importantes razones* que empujaron al Inca al disimulo ante un hecho tan grave debieron ser principalmente la imposibilidad de someter y luego mantener una posición de fuerza en un medio geográfica y humanamente hostil.

De Tupac Yupanqui se sabe que preparó Tumbes como punto de partida de una campaña en la costa Norte, y que tanteó caminos terrestres que pudieran conducirlo con más seguridad hacia la zona de Guayaquil, desechando la posibilidad de utilizar las balsas tumbecinas como transporte, en las que sus ejércitos se encontraban enteramente a manos del medio, sin la acostumbrada capacidad de presentar batalla. Sus tanteos de anexión de la Puná a través de un tratado, acabaron en desastre y sin castigo, ya que no pudo afrontar la lucha en el océano.

El resultado negativo de su experiencia costera le llevó hacia objetivos aparentemente distintos, aunque en el fondo mantenía presente su interés en la continuación del dominio de la costa norte. Pero en base a sus posibilidades reales, orientó sus conquistas inmediatas hacia la sierra, donde dio comienzo la lucha bajo las pautas convencionales.

A su muerte heredó el Tawantinsuyo Huayna Capac, verdadero forjador del

Imperio septentrional, quien recogió el interés de su padre por aquella zona y lo potenció hasta tal punto que muchos han creído ver en ella un doble y rival del Imperio Cuzqueño.

## 2. La época de Huayna Capac

Huayna Capac fue el onceavo Inca y el último que puede considerarse enteramente como tal. Parte de los problemas que enfrentaron posteriormente a las facciones norte y sur del Imperio tuvieron su origen en su nueva forma de enfocar la política y en su dedicación intensiva a la zona septentrional. Prácticamente fijó allí su residencia y, a partir de las necesidades locales, estructuró las fórmulas sociales y políticas que regían para aquella provincia. Su tradición es atípica dentro del Tawantinsuyo, donde el Cuzco había sido siempre considerado como centro y capital del Imperio, sin ningún tipo de cuestionamiento.

Al heredar la *mascapaisha* inició sus conquistas casi de inmediato y con notable éxito. Según Poma de Ayala, conquistó a los cañaris, cayambes, pastos, puruhaes, chachapoyas, *huancavilcas* y quillacingas (Poma de Ayala, 1987: 108).

### 2.1. Campañas en la sierra

Las campañas serranas fueron duras y muy largas. La conquista de los cañaris revistió una importancia muy especial por su organización, muy bien estructurada a lo largo de una dilatada tradición, vinculada a su papel de distribuidores del *Mullu* hacia el oriente y hacia la sierra de los Andes Centrales, que habían ejercido sucesivamente desde el formativo los grupos de Cerro Narrío y Cañar. En defensa de su directa relación con los productores costeros de *Spondylus*, se habían convertido en expertos comerciantes y guerreros (Marcos, 1986a: 43). Por tanto, su anexión constituyó una importante victoria en lo bélico, pero sin duda también en lo económico.

Los cañaris pasaron a ser en un corto espacio de tiempo la guardia personal del Inca y sus más fieles apoyos. ¿Cuáles fueron las razones de este paso cualitativo respecto al grupo vencedor? En principio, constituye una novedad en los esquemas habituales y debe considerarse una respuesta acorde a una situación poco común.

En la misma línea se encuentra el trato especial que Huayna Capac otorgó a Tomebamba. En esta ciudad edificó templos y palacios de gran categoría, y un santuario para albergar una imagen de oro macizo que representaba a su madre. Esta imagen era un relicario, en cuyo vientre colocó su propia placenta, que como era costumbre entre los incas, se guardaba desde su nacimiento. Todo el conjunto estaba acompañado de grandes riquezas de oro y plata (Cabello Valboa, 1951: 364-365). Marcos señala que no puede creer que se trate de un acto sentimental de deferencia hacia la ciudad que le vio nacer y hacia la que sentía un cariño especial, sino que se debía al peso específico que tenían los cañaris en su área de influencia, que se relaciona directamente con el control del *Mullu* (Marcos, 1986a: 43-44).

Es a causa del *Mullu* que se efectúa la especial fusión entre el mundo cañari y el inca. Según Marcos, el Inca quiso con estas concesiones igualar Tomebamba al Cuzco. Y al hacer de los cañaris los guardianes de una de las principales hua-

cas en el mito de origen de los cuzqueños, la isla de Copacabana en el Titicaca, equiparó a los cañari con los antiguos pobladores del Cuzco (Ibid.).

Desde el primer Formativo, el *Mullu* constituyó un tándem indisoluble con una economía en alza. También en Tomebarba se utilizó conjuntamente como símbolo ritual y material. El palacio que albergaba la capilla y la imagen de la madre de Huayna Capac se llamaba *Mulo Camcha* y tenía sus paredes decoradas por el interior de cierta

« (...) Ataracea de Mulo que son unas quentezuelas hechas de conchas de la mar, muy semejantes en la color a fino coral y de otras colores (...) y señaló para su servicio y ministerio la nación cañar» (Cabello Valboa, 1951: 365).

De esta manera el Inca comprometió al pueblo cañari a su causa integrando y valorando al máximo elementos fundamentales en la tradición local, a los que fundió hábilmente con su propia vida, la vida del hijo del Sol. De esta manera equiparó los máximos valores autóctonos con los Imperiales y los representó en el plano simbólico, acompañados de los signos más apreciados y apreciables en aquel contexto.

Pero, a partir de la conquista del Cañar por los incas, no hay referencias directas sobre la exclusiva en la distribución serrana del *Mullu*. Sin embargo, esta cuestión tuvo que plantearse, dada la función que ejercían los cañaris en este sentido. Tal vez Marcos se refiere a ellos cuando habla del control ejercido sobre el *mullu* por parte de los incas, ya que nada demuestra la presencia dominante del Imperio en la zona costera septentrional. La anexión del pueblo cañari les acercó enormemente a este bien tan exclusivo y deseado, y solamente parece posible que ejercieran cualquier tipo de primacía respecto a la *Spondylus* a través de las prerrogativas que correspondían a los grupos serranos de esta zona desde la antigüedad. Este factor, de importancia capital en la economía, puede ser el causante de la singular relación del Inca con la provincia.

Después, la conquista de la sierra norte se prolongó durante diecisiete años. Caranquis y otavalos opusieron feroz resistencia al avance incaico, por lo que finalmente sufrieron un duro castigo. Huayna Capac mandó asesinar junto a un lago a todos los hombres capaces de llevar armas, dejando con vida solamente a las mujeres y a los niños. A los supervivientes se les llamó «guambracónas», es decir, pueblo de muchachos, que no tenían capacidad para guerrear. El lago tomó desde entonces el nombre de Yaguar Cocha, el lago de sangre, a causa del color que tiñó sus aguas tras la matanza Cieza, 1985: 192).

Después de este trágico final, el Inca regresó a Quito, tras ordenar que en Caranqui se edificara un templo para el Sol y se establecieran guarniciones con *mitimaes*, capitán general y un gobernador, para «frontera y defensa de aquellas tierras» (Ibid.: 192-193).

Según la tradición, Huayna Capac se casó con una princesa caranqui y de aquella unión nació Atahualpa, destinado a ser el último Inca. En todo caso se estableció en el norte largas temporadas, especialmente en Quito y en Tomebamba, ciudad que algunos autores consideran que llegó a funcionar como una segunda capital (Moreno, 1981: 158).



## 2.2. Campañas militares en la costa

Las actividades de Huayna Capac en la costa son mucho menos conocidas y mucho más confusas que en la sierra, seguramente debido al pobre resultado que obtuvieron. Tal vez por su carácter inconcluso, tampoco hay informaciones homogéneas sobre los hechos que allí tuvieron lugar.

Es evidente que el territorio de la Confederación de Mercaderes fue un objetivo militar para los incas, aunque no llegaron a dominarlo, con la única posible excepción de los huancavilcas. Estos, por su situación geográfica, constituían el prefacio de la campaña desde la sierra, y se citan repetidamente como un grupo conquistado. Sin embargo, nada en su zona justifica la pretendida presencia definitiva de los cuzqueños. Arqueológica y etnohistóricamente, las huellas de su paso son siempre circunstanciales.

En esta ocasión tiene también Túmbez un protagonismo ambiguo. Poseía un carácter especial, al tratarse de la última población incaica en la costa norte, por lo que se acentuaron sus características defensivas. Era un centro al que se debía proteger de los peligros adicionales que derivaban de su situación geográfica, y también el punto de apoyo más cercano para las expediciones de conquista dirigidas a la costa septentrional. Huayna Capac tenía una razón más para asegurar su funcionamiento como base de operaciones y como fuerte militar. Su padre Tupac Yupanqui le encomendó antes de morir que castigara de manera ejemplar a los huancavilcas, por la traición que le habían hecho cuando intentó anexionarlos pacíficamente.

A pesar de que las informaciones sobre este tema generalmente son indefinidas, conciden en que los incas sufrieron reveses bastante serios en sus intentos de conquista de la costa sud-septentrional:

«Y cuenta el vulgo (...) que Guayna Capac en persona vino a los conquistar y porque en cierto caso no quisieron cumplir su voluntad, que mandó por ley que sus descendientes y sucesores se sacasen tres dientes de la boca de los de la parte de encima y otros tres de los más bajos. Y que en la provincia de los Huancavilcas se usó mucho esta costumbre» (Cieza, 1941: 155).

La versión local del mismo hecho refiere un ataque sorpresa de los huancavilcas al ejército inca, que provocó numerosas bajas: En respuesta, Huayna Capac mandó arrancar los dientes de los varones, quienes, lejos de tomarlo como una afrenta, lo convirtieron en costumbre y mostraron con orgullo sus bocas desdentadas, como certificado público de su valentía.

Cieza parte de la conquista de los huancavilcas y del apoyo de Túmbez para relatar los primeros contactos entre Huayna Capac y Tumbala, el señor de la isla de Puná (Cieza, 1941: 173). El texto de Cieza que viene a continuación es una síntesis de todos los elementos de la progresión anexionista del Tawantinsuyo y de los sentimientos y reacciones de los pueblos que entraban en sus objetivos:

«Oído por el señor de la isla de Puná lo que el Inga mandaba, pesóle en gran manera; porque siendo él señor y habiendo recibido aquella dignidad de sus progenitores, tenía por grave carga, perdiendo la libertad, don tan estimado por todas las naciones del mundo, recibir al extraño por solo y universal señor de su isla, el cual sabía que no solamente habían de

servir con las personas, más permitir que en ella se hiciesen casas fuertes y edificios y a su costa sustentarlos y proveerlos y aún darles para su servicio sus hijas y mujeres de las más hermosas, que era lo que más sentían» (Ibid).

Este texto confirma el proceso que se seguía en los casos de anexión. Coincide con las etapas que vivieron los chimú y los cañaris, cada uno con sus correspondientes peculiaridades y que se conocen con bastante detalle gracias a la arqueología y a la etnohistoria. Son las mismas que se apuntan para los caranquis después de Jaguar Cocha, dictadas para su ejecución por el mismo Huayna Capac. Pero en la Puná no se habla de hechos consumados, sino de hechos que el cacique sabía, por experiencia ajena, que iban a producirse en su isla en caso de ser derrotado.

Mientras Tumbala detenía con promesas el avance militar, iniciaba un proceso paralelo de resistencia de acuerdo con sus principales. Se hicieron ofrendas y sacrificios para sus dioses y pidieron a los adivinos una

« (...) respuesta a lo que harían para no ser sujetos del que pensaba de todos ser soberano y señor (...) ».

Al mismo tiempo, « (...) enviaron sus mensajeros a muchas partes de la comarca de tierra firme, para tentar los ánimos de los naturales della, porque procuraban con sus dichos y persuasiones provocarlos a ir en contra de uayna Capac para que, levantándose y tomadas las armas, eximir de si el mando y el señoría del Inga. Y esto se hacía con una secreta disimulación, que por muy pocos fuera de los movedores, era entendida» (Ibid., 173-174).

Tumbala acudió a los grupos de tierra firme, con los que formaba la alianza mercantil costeña.

Los caciques y principales de la Confederación se reunieron para encontrar la fórmula más conveniente de resistencia a los incas. Eran asambleas minoritarias y secretas, en las que se trataban los problemas de la inminente invasión. Todos coincidieron en la opinión de que era necesaria una unidad sólida para resistir con éxito las pretensiones cuzqueñas. El hecho de que Cieza no los identifica como un solo grupo, subraya una de las características de las alianzas septentrionales, en las que cada tipo de cooperación era negociable a partir de las necesidades concretas que pudieran plantearse. En ningún caso se trataba de relaciones de dependencia centralizadas o de carácter absolutista.

Al mismo tiempo que se discutía la resistencia, Huayna Capac fue a la isla de Puná, donde se alojó en «aposentos reales» contruidos a toda prisa para él y sus nobles. La gente de la isla lo recibió con alegría y amistad, en la general creencia de que el pacto que los convertía en ciudadanos del Imperio era auténtico (Cieza, 1941: 167).

Entre todos convencieron al Inca de que el avance por la costa sería una empresa fácil. Por ello, dispuso rápidamente la estrategia a seguir en la tierra firme y, seguro de que sus capitanes podían llevarla a cabo sin percances, regresó a Tumbes (Ibid).

Con su marcha, la voluntad de resistencia de los puneños y sus aliados se fortaleció. Deseaban vivir como sus antepasados

«(...) porque siempre el mando extraño y peregrino se tiene por muy grave y pesado y el natural por muy fácil y ligero (...)» (Ibid).

A pesar de la experiencia que en parecida situación había vivido su padre, Tupac Yupanqui, las intenciones reales de los isleños escaparon al Inca por completo. Aquel hecho, relativamente reciente, debería haber prevenido a Huayna Capac, quien, en cambio, dio muestras de excesiva credulidad. Tal vez confiaba en exceso en el respeto que producía su propia persona, conjugado con el lógico temor de grupos pequeños y no militares a enfrentarse con un ejército que puede calificarse de profesional. También se puede tener en cuenta la superioridad que sentían los Incas respecto a otros grupos menos o distintamente evolucionados. Y la seguridad de que cualquier grupo se sentiría satisfecho ante el cambio cualitativo que suponía la integración al Imperio. No se puede despreciar la calidad histriónica de los confederados, quienes con sus apariencias amistosas confundieron a los incas en más de una ocasión. Las características de sus relaciones con el Imperio se supieron en todos los ámbitos, y ganaron para ellos calificativos muy duros, como los que utiliza Poma de Ayala en su Nueva Coronica.

Todo le llevó a actuar con excesiva confianza. Los resultados fueron negativos para las intenciones imperiales. Después de la partida del Inca, los orejones del Cuzco subieron a las balsas puneñas para dirigirse a tierra firme, siguiendo las órdenes del emperador. Ya en alta mar, los naturales desataron las sogas que mantenían unidos los palos de las balsas, y los cuzqueños se ahogaron directamente o rematados por sus supuestos amigos. Esta misma operación se repitió con un segundo grupo de orejones, que fue conducido a la costa continental sin conocer la suerte del primero. Los que intentaban nadar no podían, debido a la destreza de los isleños, que gastaban la mayor parte de su tiempo «en pesquerías» y eran muy hábiles en el medio acuático (Cieza, 1941: 175).

Esta catástrofe fue sabida con gran enojo por Huayna Capac. Tantos guerreros muertos sin sepultura, la mayoría pertenecientes a las mejores familias del Cuzco, dolían al Inca en extremo. Los conceptos andinos de muerte y más allá llevaban a aquellos hombres a poner más cuidado en adornar sus sepulturas que la propia casa donde vivían (Cieza, 1941: 176). Cumplir el trámite ritual del entierro era requisito indispensable para conseguir el lugar adecuado en la otra vida. Por tanto, el daño infligido a los muertos y a sus familias era irreparable y el Inca debía sentirse responsable de ello.

Además, la muerte de los cuzqueños destacados en la Puná hizo patente la traición de Tumbala con el apoyo de sus vecinos. Por tanto, quedaba clara la oposición de la totalidad de la Confederación a los cambios socio-políticos inherentes a la entrada de los incas.

Tampoco su ego debió quedar muy bien parado. En definitiva, se trataba de un fallo total en el planteamiento estratégico, aunque no conste como tal en las crónicas, sino como la historia de una traición injustificable.

La única salida de Huayna Capac en este caso era la venganza. No planteó una expedición definitiva de conquista, sino que la zona considerada inicialmente como una provincia interesante a nivel económico y fácil a nivel logístico, devino de improviso conflictiva hasta un punto sin solución. La ubicación geográfica de estos grupos, su voluntad de lucha y la coherencia de su alianza que, aún pudiendo variar a tenor de las circunstancias, una vez establecida constituía un tratado de total solidez, revelaron al Inca una realidad bien distinta de la que imaginó con

las ofertas de paz pactadas en la Puná, cuando se iniciaron las conversaciones de anexión.

No podía contar con someterlos por la fuerza, ya que en el medio marítimo donde forzosamente debían introducirse, la minoría numérica de los puneños se convertía en superioridad a causa de su dominio del entorno. No habría bastado con una victoria, porque carecían de la capacidad de mantener el dominio que pudieran imponer momentáneamente. Por todo ello, se optó por una masacre que sirviera de advertencia y castigo. Huayna Capac

«(...) con gran voluntad entendió en castigar a los bárbaros (...) y así fueron muertos con diferentes especies de muertes muchos millares de indios, ya empalados, ya ahogados, no pocos de los principales que fueron en el consejo» (Cieza, *Ibid*).

El mismo cronista apunta como buena razón del abandono del proyecto de conquista, la pobreza de la zona. Sin embargo, las primeras incursiones españolas indican la existencia de riquezas apreciables y variadas en el territorio de la confederación, que se destruyeron durante los primeros años después de la conquista, sobre todo en lo relativo a la productividad de la tierra. Sámano, por ejemplo, relata que los indios capturados en la balsa oceánica por los hombres de Bartolomé Ruiz, eran «de más calidad y manera que yndios» (!), de mejor aspecto e inteligentes (Sámano, 1985: 182). Les sorprende la facilidad con que aprenden español, cosa que resulta más lógica si se tiene en cuenta que se trataba de mercaderes internacionales, especialistas en comunicarse en lenguas extranjeras. Los relatos sobre la costa septentrional contienen evidencias de desigualdades notables en relación con el extremo norte, esto es, entre la costa del Ecuador actual y la de Colombia. Sámano anota específicamente que procedían de Salangone, pueblo que junto con Tusco, Seracapez y Salango, pertenecía a un solo Señor; también se muestra impresionado por la organización de los huancavilcas, habla de su producción agrícola, de sus manufacturas y de sus herramientas, añadiendo que tienen sus pueblos muy bien trazados (*Ibid.*, 183). En cuanto a la Puná, el mismo Cieza refiere que fue antiguamente «tenida en mucho», porque sus habitantes eran mercaderes y la isla tenía todo lo necesario para la vida humana (Cieza, 1941: 176-177), opinión que comparten Xerez (1985: 71), Trujillo (1985: 197) y otros cronistas de la primera etapa.

Por tanto, cualquier explicación que no sea la momentánea imposibilidad de conquistar y mantener bajo control la provincia del *Mullu* queda fuera de la realidad. Ninguna venganza podía aliviar el duro golpe recibido por Huayna Capac, que mandó que en sus cantares de tiempos tristes y calamitosos se refiriera la maldad que con ellos habían cometido los hombres de la isla de Puná (Cieza, 1941: 176).

A partir de aquel momento, hechos al margen del natural desarrollo de la zona intervinieron en el curso de su historia.

Huayna Capac no dispuso de tiempo material para continuar la lucha, ya que murió en Tomebamba a causa de una repentina enfermedad, probablemente viruela (Cieza, 1985: 194), tarjeta de visita que precedía en muchos casos a la presencia física de los españoles, y que llegó juntamente con las informaciones de la presencia en la costa de barcos al mando de extraños hombres blancos y barbados (*Ibid.*, 193).

Su muerte dio un respiro a la presión militar que sufría intermitentemente la

Confederación de Mercaderes. Fue el detonante de una guerra civil durísima, después de que se hubiese alcanzado la estabilidad prácticamente en todo el territorio (Cieza, 1985: 193-194; Poma de Ayala, 1987: 108). En esta guerra el Imperio cuestionaba puntos esenciales de su organización. Atahualpa, educado en el norte y entre militares, representaba una corriente modernizadora, abierta a la formación de una elite social de origen popular a la que se accediese por méritos personales. Este camino había sido iniciado por Huayna Capac, como un sistema seguro de gobernar en el norte, a base de permitir el acceso a ámbitos determinados de poder a los principales autóctonos. En esta circunstancia, y ante la coronación de Húascar en el Cuzco, los miembros de la elite septentrional iniciaron conversaciones y presionaron a Atahualpa para que se erigiese soberano del norte (Cieza, 1985: 196-199).

Húascar representaba el conservadurismo de las antiguas familias cuzqueñas, por esto no interesaba entre los nobles septentrionales que consiguera el poder efectivo del Imperio, ya que su situación personal habría quedado en entredicho. Por las mismas razones, contaba con el apoyo absoluto del sector sur, el tradicional (Ibid.: 201-202).

Ambos se vieron apoyados por grupos sociales poderosos, que temían perder sus prerrogativas con los cambios políticos derivados de la sucesión. No importa si el problema se planteó a partir de una decisión testamentaria de Huayna Capac, que habría dividido en dos sectores su Imperio, o de las habituales luchas por el poder que se establecían entre los posibles herederos de la *mascapaisha*.

## ESPAÑOLES A LA CONQUISTA DEL PERU

Desde 1522, cuando Pascual de Andagoya inició sus viajes de exploración por el Pacífico sur (Andagoya, 1986; Hemming, 1982: 13), la presencia española fue una constante que se repetía periódicamente.

Pizarro inició sus viajes en 1524. Pronto estableció contactos con poblaciones costeras, primero con muy mala fortuna, como los nombres que utilizaron para bautizarlos indican claramente: Puerto Quemado, Puerto de la Hambre (Xerez, 1885: 62). En 1526 entran en contacto con la Confederación de Mercaderes, y señalan la presencia en la costa de pueblos muy organizados, ricos en oro y plata, con gente de «más razón que toda la que antes habían visto de indios» (Xerez, 1985: 65). Es entonces cuando Bartolomé Ruiz captura la balsa de Salangone, y se queda seis personas para «lenguas» (Sámano, 1985: 182).

Las informaciones escuetas que ofrecen los primeros cronistas describen la normalidad cotidiana: pesca, agricultura, comercio y las habituales luchas entre puneños y tumbecinos. A pesar de la guerra civil, funcionarios incas estaban destacados en territorio confederado para proveer, como siempre, de spondylus a los santuarios.

En 1527, una expedición salida de Panamá al mando de Pizarro recorrió el golfo de Guayaquil y avistó por primera vez una ciudad inca (Hemming, 1982: 16). Tumbéz, como ya se ha descrito antes, fue un milagro para aquellos españoles. Era justamente lo que buscaban, la entrada a un auténtico imperio.

Los recién llegados comprendieron en seguida que encontraban dificultades mucho más serias para dominar y explotar la costa norte que para establecerse en cualquier otra zona que ya formara parte del Tawantinsuyo. La causa principal de estas dificultades radicaba en que los grupos septentrionales estaban frag-

mentados y bajo gobiernos que dominaban territorios de pequeña extensión. En caso de confederarse por alguna razón, su potencialidad se multiplicaba, humana y geográficamente, por el número de cacicazgos implicados.

La fragmentación de base y el arraigado deseo de independencia de los grupos fue un problema para los conquistadores. En la crónicas dejan constancia de esta particularidad, que se da también en el extremo norte y de forma más acentuada que en la costa ecuatoriana. Los indios de Popayán, por ejemplo,

«(...) han sido siempre y lo son, behetrías (...) y sobre todo aborrecen el servir y estar sujetos, que es causa bastante para que recelasen de estar debajo de gente extraña a su servicio» (Cieza, 1941: 51).

Contrastando con esto, en la época de la invasión española, Túmbez presentaba el aspecto de un enclave militar, organizado para participar en la guerra contra el territorio vecino:

«Y en esta fortaleza (...) tenía Huayna Capac su capitán o delegado, con cantidad de mitimaes y muchos depósitos de cosas preciadas, con copia de mantenimiento para sustentación de los que en ella residen y para la gente de guerra que por allí pasase» (Cieza, 1941: 172).

La gran habilidad para la orfebrería, se manifestaba también en la decoración y complementos, especialmente en los de carácter oficial y litúrgico, que embellecían la ciudad:

«Y en esta fortaleza de Túmbez había gran número de plateros que hacían cántaros de oro y plata, con otras muchas maneras de joyas, así para el servicio del mismo Inga y para chapar las planchas de este metal por las paredes de templos y palacios» (Cieza, 1941: 165-166).

A pesar de que no se puede considerar Túmbez como una población de primera categoría, los españoles apreciaron una gran diferencia entre ella y las que habían conocido en la costa septentrional. Esta diferencia fue tan importante, que se usará Túmbez como el punto de partida para la gobernación que solicitó Pizarro en la corte española, y se otorgará su obispado a Luque, el tercer socio en la empresa del sur, al mismo tiempo que se darán cargos políticos sobre esta ciudad a Almagro (Hemming, 1982: 16-17).

Túmbez supuso un impacto diferencial lo bastante fuerte como para que Pizarro y sus hombres decidieran olvidarse de todo cuanto habían encontrado hasta la fecha, a pesar de haber descrito en más de una ocasión los poblados organizados de la costa norte y de haber sacado de ellos una notable cantidad de oro y esmeraldas, que les permitió salir adelante económicamente en su empresa. Algunas de las zonas que cruzaron han llegado hasta hoy con nombres harto definitorios acerca de las riquezas materiales que encontraron en ellas: provincia de las Esmeraldas, provincia del Oro, etc. (Xerez, 1985: 66, 69-70; Trujillo, 1985: 192, 194-197; Sámano, 1985: 183).

Por tanto, la decisión de Pizarro de fijar el límite norte de su gobernación en Túmbez, responde a una razón muy concreta: había encontrado el estado organizado y poderoso que podía equiparar su empresa a la de Cortés en México.

Los cronistas que conocieron más profundamente el imperio, confirman tam-

bién las notables diferencias entre las zonas sometidas por el Imperio y las independientes. Este sería el caso de Cieza, quien aporta suficientes datos al respecto, pero que por sus tendencias personales hacia el imperialismo, cae en contradicción algunas veces con sus propias afirmaciones.

Testimonios más tardíos no llegaron siquiera a teorizar sobre la integración o no de la costa norte al Tawantinsuyo. Cobo, por ejemplo, se limita a afirmar que la provincia de Puerto Viejo, es decir, la correspondiente al territorio confederado, caía fuera del dominio incaico (Cobo, I, 1964: 131).

## CONCLUSION

En definitiva, los datos que se poseen sobre el avance inca por la costa norte y la ausencia de cualquiera de sus fórmulas de anexión en ella, parecen confirmar que se mantuvo al margen del Imperio.

Por último, es el propio sistema de ocupación colonial que se efectuó en la zona el que confirma la independencia mantenida por aquella región, a pesar de que para los incas tuvo un especial interés económico y de que en verdad realizaron una serie de tentativas para conquistarla.

Es posible que sin la llegada de los españoles la provincia del *Mullu* hubiese acabado por caer bajo el dominio del Tawantinsuyo. Chimú, mucho más organizado militarmente y él mismo empeñado en la conquista de sus vecinos, no pudo resistir la maniobra envolvente de Tupac Yupanqui, que atacó por el mediodía y por el oriente al mismo tiempo, dejando aislada la capital, Chan Chan.

En los años previos a la conquista española, la sierra norte se integró definitivamente al Imperio, y también Tumbes, al otro lado de la Bahía de Guayaquil. Probablemente el final de la resistencia costera era solamente cuestión de tiempo. Pero, en esta ocasión, el tiempo jugó en contra de los Incas. Su concepto sobre la transformación del mundo se rompió definitivamente cuando en 1529 Pizarro solicitó y consiguió en Toledo la gobernación de las tierras situadas al sur de Tumbes, en la mar del Sur.

## BIBLIOGRAFIA

- ANDAGOYA, Pascual de [1541].  
1986 Relación y documentos. Edita Historia 16. Col. Crónicas de América, núm. 27. Madrid.
- ANONIMO [1604-1610].  
1936 Fragmento de una Historia de Trujillo. Instituto Histórico del Perú. Revista Histórica, tomo X. Lima.
- ARANIBAR, Carlos.  
1969 Imperio de los Incas o Tawantinsuyu. Presidencia. Instituto Nacional de Planificación. Asesoría Geográfica: Atlas Histórico Geográfico y de Paisajes Peruanos. Lima.
- BONAVIA, Duccio.  
1972 Factores ecológicos que han intervenido en la formación urbana de los últimos siglos de la época precolombina.
- CABELLO VALBOA, Miguel [1586].  
1951 Miscelánea antártica. Una historia del Perú antiguo. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Instituto de Etnología. Lima.
- CIEZA DE LEON, Pedro de [1553].  
1941 Crónica del Perú. Ed. Espasa Calpe. Madrid. 3.ª ed.  
Ibid.

- 1985 El señorío de los Incas. Edita Historia 16. Col. Crónicas de América, núm. 5. Madrid. COBO, Bernabé [1653].
- 1964 Obras. Ed. Atlas. Col. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid. Tomos XCI y XCII. CRESPO, Hernán y HOLM, Olaf.
- 1976 Arte Ecuatoriano. Edita Salvat Ecuatoriana. Quito-Barcelona, 1976. Tomo I. FAVRE, Henri.
- 1971 Les Incas. [Presses Universitaires de France], [París].
- GARCILASO DE LA VEGA, El Inca [1609].
- [1943] Comentarios Reales. Emece Editores. Buenos Aires. 2 tomos.
- GASPARINI, Grazziano y MARGOLIES, Louise.
- 1977 Arquitectura Inka. Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas. Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- HOLM, Olaf.  
Navegación Precolombina.
- JIJON Y CAAMAÑO, Jacinto.
- 1951 Antropología prehispánica del Ecuador. Editorial Prensa Católica. Quito.
- KAUFFMANN DOIG, Federico.
- 1973 Manual de arqueología peruana. Ed. Peisa Lima. 6.ª ed.
- LATHRAP, Donald W. y MARCOS, Jorge.
- 1975 Informe preliminar sobre las excavaciones del sitio de Real Alto por la Misión Antropológica de la Universidad de Illinois. Revista de la Universidad Católica. Quito, 1975.
- LOCKHART, James.  
[1932] El mundo hispano-peruano. F.C.E. México.
- LUMBRERAS, Luis Guillermo.
- 1974 Los orígenes de la civilización en el Perú. Ed. Milla Batres. Lima. 3.ªed.
- MARCOS, Jorge.
- 1986a Breve prehistoria del Ecuador. En: Arqueología de la Costa Ecuatoriana. Nuevos enfoques. Espol. Corporación Editora Nacional. Quito.
- MARCOS, Jorge.
- 1986b De ida y vuelta a Acapulco con los mercaderes de Mullu. En: Arqueología de la Costa Ecuatoriana... Ibid.
- MARCOS, Jorge.
- 1986c Intercambios a larga distancia en América: el caso Spondylus. En: Arqueología de la Costa Ecuatoriana... Ibid.
- MORENO, YANEZ, Segundo.
- 1981 La época aborígen. En: Pichincha, monografía histórica de la región nuclear ecuatoriana. Consejo Provincial de Pichincha. Quito.
- MURRA, John V.
- 1980 La organización económica del Estado Inca. Ed. Siglo XXI. Colección América Nuestra, núm. 11. México. 2.ª ed.
- OBEREM, Udo.
- 1981 El acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la sierra ecuatoriana en el siglo XVI. En: Contribución a la Etnohistoria del Ecuador. Instituto Otavaleño de Antropología. Colección Pendoneros, núm. 20. Editorial Gallo capitán. Otavalo.
- POMA DE AYALA, Huaman Felipe [1613?].
- 1987 Nueva Cronica y Buen Gobierno. Edita Historia 16. Col. Crónicas de América, número 29a, b, c. Madrid.
- ROSTWOROWSKI, Marfa.
- 1977 Etnia y sociedad. Costa peruana prehispánica. Instituto de Estudios Peruanos. Colección Historia Andina, núm. 4. Lima.
- SAHAGUN, Bernardino [c. 1584].
- 1938 Historia general de las cosas de Nueva España. Ed. Pedro Robredo. México. Tomo II.
- SALAZAR, Ernesto.
- 1980 Talleres prehistóricos en los Altos Andes del Ecuador. Publicaciones del Departamento de Difusión cultural de la Universidad de Cuenca. Cuenca.



**SALOMON, Frank.**

1980 Los señores étnicos de Quito en la época de los Incas. Instituto Otavaleño de Antropología. Editorial Gallo capitán. Colección Pendoneros, núm. 10. Otavalo.

**SAMANO, Juan de** [1527-28].

1985 Relación. Edita Historia 16. Col. Crónicas de América, núm. 14. Madrid.

**TRUJILLO, Diego de** [1571].

1985 Relación del descubrimiento del reino del Perú. Edita Historia 16. Col. Crónicas de América, núm. 14. Madrid.

**XEREZ, Francisco de** [1534].

1985 Verdadero relación de la conquista del Perú. Edita Historia 16. Col. Crónicas de América, núm. 14. Madrid.